



Correspondencia Episcopal

María y José, maestros del seguimiento de Jesús

Queridos hermanos:

Estamos ya en plena pascua de resurrección. Los evangelios van desgranando las apariciones de Jesús resucitado durante cuarenta días. No bastaba que resucitase el Señor y subiese inmediatamente al cielo, tenía que “resucitar” también la fe y la esperanza de sus discípulos para que fuesen sus testigos hasta los confines de la tierra.

Y es significativo que en estos días de pascua tenga especial relevancia en muchas de nuestras parroquias la Virgen María, con romerías, novenas, procesiones... Ella fue la coprotagonista del domingo de resurrección. La procesión del encuentro propia de ese gran día así nos lo recordaba. Aunque la aparición de Jesús resucitado a su Madre no aparece recogida en los evangelios, es un dato que nos asegura el sentido de la fe: María tuvo que ser la primera que vio a su Hijo triunfante de la muerte. Además, en ausencia del Señor, Ella era la que mantenía unido en la oración al grupo de los apóstoles en espera del Espíritu santo (Hech 1, 14). Quizás por eso este mes de mayo, el mes de las flores, está dedicado especialmente a María, que nos enseña a seguir a su Hijo con el corazón: como joven madre, nos contagia gozo en navidad; como Dolorosa, nos hace llorar en semana santa, y contemplándola en la gloria del cielo, nos infunde confianza y seguridad en pascua. Seguir a Jesús, al estilo de María, es sentirlo como algo propio, de nuestra propia familia, cuando nace, cuando muere y cuando resucita. Por eso la mejor devoción en este mes de mayo es el Rosario, con el que vamos recorriendo los misterios de la vida de Jesús con los ojos amorosos de María.

Junto con María, también san José, con su corazón de padre, tiene su protagonismo en el mes de mayo. El día 1, fiesta de san José obrero, carpintero que trabajó con sus manos para sacar adelante a su familia, nos unimos a toda la comunidad humana, creyentes y no creyentes, para celebrar la Jornada del trabajo y de los trabajadores. San José tuvo que huir de su país y establecerse en el extranjero para salvar la vida de su hijo de la amenaza infanticida de Herodes. Y, cuando pasó el peligro, regresó a su pueblo Nazaret donde rehizo su vida y la de su familia. Su historia se repite también en nuestros días por la amenaza de las guerras, la pandemia, el hambre y la búsqueda de mejores oportunidades. Son situaciones traumáticas, no deseadas, que dejan a las personas en situación de vulnerabilidad y desvalimiento.

Estas terribles pruebas globales ponen a prueba nuestras seguridades y las redes de solidaridad. Las crisis son también oportunidades para aprender y mejorar, para darnos cuenta de lo interdependientes que somos los unos de los otros y



para comprometernos con el respeto de la dignidad de las personas y con el bien común, por encima de intereses particulares. Y estas difíciles situaciones nos hacen conscientes de la necesidad de una mayor integración y colaboración entre las naciones y de la importancia de la cultura del cuidado, de los servicios sociales, de la formación, de la sanidad... El trabajo también ha tenido que adaptarse: el teletrabajo forzado nos ha hecho descubrir nuevas posibilidades de conciliar la vida profesional y económica con la personal, afectiva y familiar.

Ahora que parece aliviarse el yugo de la pandemia y vislumbramos con cierta esperanza la vuelta de Egipto a la “normalidad” de Nazaret, esta Jornada del trabajo es una ocasión inmejorable para expresar nuestra gratitud a los trabajadores y empresarios, a los comerciantes y emprendedores que durante estos años se han reinventado creativamente y han sabido conjugar la sobriedad y la solidaridad para mantener su actividad y sus servicios a la sociedad. Asimismo, es el momento de manifestar nuestra cercanía y compromiso con cuantos sufren los horrores de la guerra o padecen las secuelas del coronavirus, no solamente en su salud, sino también en su situación social y laboral.

No podemos perder los valores aprendidos, no podemos olvidar a los que aún se encuentran en el aprieto, a los que siguen buscando mejores oportunidades entre nosotros y necesitan nuestra acogida y nuestro apoyo.

+ Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres